

LA GACETILLA.



SEMANARIO POPULAR.

Número 1.º

FEBRERO 2 DE 1865.—SEGUNDA EDICION.

Año I.

NUESTRO PROGRAMA.

*Y al ver esta maravilla
y aquel prodigio de ingenio,
dicen todos, genio, genio,
Gacetiilla, Gacetiilla.*

Eguilaz, (Verdades amargas.)

YO.

Aquí me tienes, mi querido pueblo; aquí me tienes dispuesto á decirte todo lo que ocurra en el mundo; todo lo que pase á las gentes, y todo lo que me pase á mí.

Yo, abandonando mis cavernosos palacios, me lanzo á la vida pública, y mi festiva GACETILLA te dará cuenta de ella.

Yo penetraré en los salones; descubriré los misterios de la moda y de la galantería.

Yo sorprenderé secretos de la vida íntima de los enamorados, y te los contaré con la mayor reserva.

Yo iré al Real, á Variedades, al Circo, á la Zarzuela, y te diré cuanto ocurra en estos templos del arte.

Yo pasearé en la Castellana; iré á Capellanes y á Paul.

Yo seré el confidente de las niñas hermosas; el protector de los enamorados; el consejero de las mamás; en fin, en union de mi amigo D. Cleofas Perez Zambullo, ahijado de mi colega *El Diablo Cojuelo*, levantaré los tejados de las casas de Madrid, visitaré la boardilla y el cuarto principal, y mi inofensiva GACETILLA respetará todo lo que deba respetarse; no ofendiendo á nadie, será el eco de todo ruido que se oiga por la villa.

Yo no hablaré de política, porque la mía es la de recibir dos cuartos, y la de saludar á todo el mundo con mi sonrisa infantil.

Así, pues, yo no soy malo; mis antecedentes son buenos, y toda la reputa-

cion que tengo es debida á que protegí á una Margarita.

Muchas Margaritas hay en el mundo como la de mi amigo Fausto, pero yo no seré para ellas lo que fui para la bella creación del poeta alemán.

Hoy solo soy redactor de LA GACETILLA; ambiciono ser algo, y por eso me he metido á periodista.

Salud, mis bellas lectoras.

MEFISTOFELES.

Á LAS NIÑAS.

Embragadoras huries de ojos negros, dulcisimas polluelas de ojos azules, árabes morenas, rubias seductoras, escuchad:

Todo rendido y enamorado, tan enamorado y rendido como el mas fino de los amantes, vengo hoy, adoradas mías, á comunicaros mi propósito de ser vuestro confidente. Yo he sido siempre admirador de vuestros encantos. Ese mundo de oro en que vivís, deslizándoos como cisnes, cantando como sirenas, derramando perfumes como delicadas flores; esas régias moradas que cruzáis, tan risueñas, vaporosas y elegantes; esa seducción de vuestros hechizos, esas sonrisas de vuestros labios, esas miradas de vuestros ojos, han sido siempre los dulces ecos que han hecho latir mi corazón, han sido siempre mis doradas ilusiones, el eden de mi fantasía.

Hoy, niñas preciosas, me acerco á vuestro lado para que, al oído, con muchísimo misterio, me digáis todos vuestros secretos; yo soy muy curioso, iré con vosotras á todas partes; quiero veros en el Real, acompañaros á la Cas-

tellana, bailar con vosotras en las reuniones, sorprenderos en el tocador, y en fin, contar luego en el periódico lo que haya visto y sabido de vosotras, con tal que me autorizéis para que lo cuente. Siempre elogiando la belleza, nunca revelando los defectos. Pero ¿cómo ha de tener defectos una suscritora á LA GACETILLA?

Suscribios, pues, elegantísimas, niñas, que promete deciros mucho bueno.

Vuestro admirador,
CLEOFAS.

SEMBLANZAS.

I.

¡Buenos toros!—Ve delante—
¡Eh! que atropello—¡cerillas!
El décimo diez reales
¡Correspondencia! ¡Noticias!

RASGOS.

Sus ojos queman, su color refleja púrpura, su sonrisa mata.

En el salon ¡qué elegante! Junto al pueblo ¡qué española!

Por un aplauso de sus preciosas manos, era yo capaz de ser torero.

Es andaluza y hermosa.
Sus ojos negros recuerdan á las huries.
En el Real, en la Castellana, en todas partes, es la Reina de la moda.

CANTARES.

Dicen que hay algunos sabios
que han contado las estrellas;
las penas que estoy sufriendo
ni los ángeles las cuentan.

Porque me engañastes, niña,
maté al hombre que te quiso;
aquí tengo tu conciencia
compañera de presidio.

Junto á tu reja, chiquilla,
Ayer mataron á un hombre;
bajo la cruz que pusieron
tengo de poner mi nombre.

No sé de los dos, gachona,
quién se engañará á sí mismo;
si tú, que me quieres tanto,
ó yo, que niego el cariño.

Dicen que hay cosas que el hombre
á comprender nunca llega;
si yo comprendo la dicha,
¡qué habrá que yo no comprenda!

Ejemplar sustratario 12 Septiembre 1871

MISCELANEA.

Las pelucas se inventaron en tiempo de Luis XIII. Al principio eran pesadas y enormes, pero en 1650, el Sr. Ernaiz imaginó el medio de rizarlas, por lo cual ya fueron un verdadero adorno.
¿Por qué se la ha quitado V?

En Solsona (Cataluña) se han comido dos lobos á dos hombres. La noticia no nos extraña. Lo raro hubiera sido que se hubieran comido dos hombres á dos lobos.

—D. Emeterio, ¿sabe V. cuántas son las potencias del alma?
—¡Pues no las he de saber, D. Judas!
—Y bien, ¿cuántas son?
—Tres.
—Está V. en un error, son cuatro.
—¡Cuatro! haber.
—Memoria, entendimiento, voluntad y hacerse carga, y esto es tan cierto, que yo he tenido los tres primeros, y soy un infeliz por que siempre me ha faltado la cuarta.

—¿Le gusta á V. la Grossi?
—¡Vaya si me gusta!
—Como habrán Vds. comprendido, el que contesta es un hombre.
—El pobre Mario.....
—No siga V. El genio nunca es pobre.
—Pero, hombre, si no canta.
—¡Qué importa! Vale mas Mario mudo, que los demás tenores de Europa cantando.

Díjome el coplero Lime, que es del idiotismo abortó, del disparate al sublime solo existe un paso corto.
Certo, contesté, y acaso probar en tus versos trata que estás del sublime un paso, según lo que disparatas.

Encontráronse en un camino dos hidalgos y dos estudiantes. Aquellos cabalgaban en soberbios alazanes y los otros en borricos.

REVISTA DE TEATROS.

Hace muchos días, querido lector, andaba preocupado con la nueva de haber sido nombrado de real orden revistero de teatros de LA GACETILLA, gracias al honroso aunque inoportuno recuerdo de mi particular amigo Mefistófeles, que al formar de mí la opinion de crítico, háse llevado por sí solo un chasco de todos los diablos.

He recibido mi nuevo cargo sin titubear, porque siempre la osadía ha sido mi norte, y con ella jamás he tenido que arrepentirme. Puedes creer, sin embargo, que al aproximarse el día de aparecer al público LA GACETILLA, mi embarazo ha ido creciendo gradualmente como peculiar é indispensable sintoma de esta clase de compromisos. Por fortuna aun vivo cómodamente sentado sobre la suave yanta de la rueda de aquella, y antes de ir á olfatear por los teatros, leer las nuevas producciones, recojer datos y tomar la pluma para comenzar mi primera revista, la nunca bien ponderada influencia mefistofélica ha querido sin duda sacarme airoso de tan peliagudo lance. Todo esto quiere decir que con muy poco que ponga de mi parte, incluyendo la tinta, el papel y las cavilacio-

—¿Cómo van los asnos? los preguntaron en tono burlon los primeros.
—A caballo, contestaron los interpe-lados.

El miércoles se puso en el Principe *La espada y el laúd*. En este drama averiguamos que la campana de la Almudaina ya no toca; que en el coliseo del Principe tienen buen saetre, y que el poeta Ausias March cantaba peor que un parti-quino.

Dentro de breves días empezarán las representaciones en el lindo teatro de la duquesa de Medinaceli.
No queremos revelar secretos de bastidores; pero podemos asegurar que la funcion que se prepara será interpretada con notable acierto por la aristocrática *troupe*, que tantos aplausos tiene recibido en el teatro de la calle de San Agustín y en el de la Carrera de San Gerónimo.

¡Qué buenas que estan las artes!
¡Qué cuarteto en el Real!
y qué bueno es voto á tal todo, lo de todas partes.

Se vende un canario cantando desde el mes de Diciembre.
¡Si lo comprase Mr. Bagier!

La abundancia de originalnos impide ocuparnos hoy de los bailes que se preparan en los Campos Eliseos.
Debemos advertir á nuestros lectores, que las piezas de música originales que mas agraden al público en el Teatro de Rossini, las daremos en nuestro periódico.

Un distinguido escritor, con cuya amistad nos honramos, describe del modo siguiente el cuadro del Sr. Gisbert:
El desembarco de los puritanos es un cuadro de Gisbert, lo cual quiere decir bien claramente que es una gran obra de arte.

nes, te pienso referir cuanto ocurra de particular en todos los coliseos de la culta villa. Todo mi trabajo se reducirá á contarte por lo que oiga en un oscuro y olvidado rincon de Madrid, donde la autorizada voz de una solícita enfermera llamada *Doña Crítica*, resuene calmando con sus relatos como un bálsamo los hondos sufrimientos de un pobre anciano, á quien llamaremos el Sr. Siglo, y que tendido y espirante sobre un miserable colchon, agoniza desesperado, recobrando solo sus fuerzas y abriendo apenas sus cansados ojos mientras dura la poca frecuente visita de aquella caduca dueña que le cuida.

El Sr. Siglo padece una enfermedad terrible, y cuyos efectos aun no se han podido apreciar.

Esa dolencia es la curiosidad.

Así, pues, lectores, si queréis saber lo que en Madrid ocurre, agarráos bien, y cual otro D. Cleofás, á la punta de mi capa, y merced al mágico poder de que hoy dispongo, acudamos á la modesta morada del Sr. Siglo, porque hoy debe visitarle forzosamente la *Doña Crítica*.

—Ven VV. al Sr. Siglo? ¡Qué dema-erado está, con qué dificultad respira! ¡Qué inanimacion tan completa en sus

Este hermoso lienzo prueba que para la verdadera inteligencia el asunto es lo de menos; ó mejor dicho, el asunto existe siempre.

Yo no sé, ni casi me importa, cómo desembarcarían los puritanos en América, de qué modo los envolvería el paisaje, cuáles serían los accidentes de la costa, y cuál sería el aspecto del mar; no sé cómo se agruparían, qué actitud tomaría cada uno de ellos al pisar la tierra de América.

Ignoro todas las circunstancias, todos los pormenores del terreno, y nunca me habia ocurrido la idea de suponerlos; pero he visto el cuadro de Gisbert, y sé desde ese momento que si las cosas no pasaron como el lienzo representa, debieron pasar lo mismo que están allí pintadas.

Aquellos son los puritanos; aquellos son sus rostros, sus vestidos, sus actitudes; aquel es el cielo, el aire, el mar, la costa; aquel, en fin, es el suceso.

Ese es el cuadro de Gisbert, y ese es el arte.

COSAS QUE SE PONEN.

El sol.
Oscuro.
Vendedores de la calle de Jacometrezo para interrumpir el paso.
Un hombre, pálido ó encarnado.
Un funcionario que yo conozco, verde.

COSAS QUE NO SE PONEN.

Flaco el Sr. Ferrer del Río.
Remedio á nuestros males.
La primera piedra del Teatro Nacional.
Los dramas de un autor que yo me sé.

COSAS QUE SE QUITAN.

Las mujeres el pellejo.
En Sierra-morena, todo.
En Madrid, varias cosas.
Cualquier persona el sombrero.
Algun otro la peluca.

COSAS QUE NO SE QUITAN.

Las estampas inmorales de los escapara-tes.
Las manchas de café en un vestido de seda.
Las manchas de cualquier especie en una conciencia de algodón.
Un billete de banco de mi bolsillo.

miembros! Cualquiera diria que ha espi-rado, y sin embargo, tengo la seguridad de que vive.

Ya entra en su habitacion la enfer-mera, y ya los ojos del moribundo se entreabren.

Y entre paréntesis.

¿Saben VV. que habrá sido guapa la *Sra. Crítica*?

A pesar de sus años tiene cierta gracia y movilidad que encantan, ciertos restos de hermosura que seducen... pero dejémonos de pinturas que se vá el tiempo.

Oigamos.

—Buenos días.

—Buenos... ¿qué... hay... de nuevo?

—Poco.

—¡Ah!...

—¿Ha leído V. *La Correspondencia*?

—Sí...

—¿Y *Las Noticias*?

—También.

—¿Y qué tal?

—Me han sentado... perfectamente.

—Pues aquí le traigo unas pildoritas que le han de abrir mucho el apetito.

—Démelas... V...

—Calma, calma... En primer lugar abra V. la boca. Se ha estrenado en Va-riedades un drama de Perez Escrich.

—¡Ah!...

—¿Pasa?

En el teatro Real ha habido en la última semana un acontecimiento, que aunque hubiese producido las mas terribles con-secuencias, no dejaría de ser *Fausto*.

En uno de los palcos se encontraba un extranjero. Preguntamos quién era, y nos dijeron; *Gounod*.

Al concluirse la ópera, este extranjero hacia pelss....

En el Régio Coliseo se preparan gran-des bailes de máscaras que tendrán efecto el Domingo, Martes de Carnaval y Domín-go de Piñata. La empresa que los tiene á su cargo no omite ningún género de sa-crificios para que sean dignos del público de Madrid.

El abono para los tres bailes queda ha-bierto el día 3 de febrero hasta el 13 in-clusive, en la contaduría del teatro Real, sita en el piso principal, desde las diez de la mañana á las cuatro de la tarde y por la noche durante la funcion de ópera.

El Banco y la Bolsa
están juntos siempre:
dime con quien andas,
te diré quien eres.

El sábado se pnsó en el Real la ópera *Rigoletto*. Ana Lagrange como siempre, los demás como siempre. El público re-compeasó á la primera con sus aplausos y la obsequió con algunos ramos de flores.

Mr. Bagier prepara una sorpresa á sus abonados.
La Patti no viene á Madrid.

Acaba de morir en Francia de la den-ticion Ana Thierry. Su edad era de 109 años. Pocos días antes de su muerte ha-bia hecho un viaje á pié desde Marnay á Nogent (seis kilómetros), y se hallaba en su última hora en la mas completa pose-sion de sus facultades. ¡Angelito!

Adan fué el primer monaguillo de la Creacion.

Al periódico *La Independencia Belga* le escriben de Madrid, que la ópera de Gounod ha tenido un éxito fabuloso.
¿A que lo ha escrito M. Bagier?

—Con... trabajo...

—Tiene cinco actos como pudiera ha-ber tenido quince; tiene la pesadez de una novela, y es la novela de una pesa-dez. El primer acto es regular, el último bueno. El alfa y la omega únicamente. El público ha visto los cinco actos di-ciendo: ¡Ah!—¡Eh?—¡Ih!—¡Oh!!!—¡Uh!!!

Los actores están bien.—Romea, como siempre, de salvador y de creador. Es indudablemente hoy el dios de la escena, y perdóname, *Siglo*, lo exagerado por lo ingenioso.

—Abre la boca.

—Echa.

—La Zarzuela sigue con *Pan y toros*, de que en otra ocasion te he hablado.

—Más.

—¿Qué mas te he de decir? Es un cua-dro bastante notable en los primeros to-ques. Las figuras son buenas, pero el pintor, por enterar al público, ha faltado algo á la verdad.

—¿Y... la música?...

—De Barbieri...

—¡Ah!

—Abre la boca.—En el teatro del Cir-co predomina como sabes el género malo, el género híbrido de literatura. Ya te he hablado del *Toque de ánimas*, de *Lla-mada y tropa*, y con estos toques y lla-

POESIA.

BALADA.

LA HUÉRFANA.

Niña infeliz, ¿por qué en la noche oscura,
Lanzando tristes y angustiosos ayes,
Surca ese llanto tu mejilla pura?

—¡No tengo madre!

—¿Dó vas? Detente, el aquilon airado
Con fuertes silvos los cipreses vate.
¿Dónde mueves tu paso apresurado?

—Busco á mi madre.

La niña llega al panteon sombrío,
Y del alto ciprés bajo el ramaje
Llora triste, y en ciego desvarío

Llama á su madre.

—¡Aléjate, infeliz! silva deshecho
El horrible huracan, la nieve cae.
Dejadme que el rocío de mi pecho

Le dé á mi madre.

—El cuello inclina de sopor rendida
La huérfana infeliz, el tierno ángel,
Y lánguida despues queda dormida

Sobre su madre.

Allí murió; su alma presurosa
Voló hasta el cielo, y al cruzar el aire
Se oyó cantar con voz armoniosa

—¡Voy con mi madre!

ARREIS EL ABERANO.

FÁBULA.

EL FÓSFORO Y LA BUJÍA.

Cuentan de cierta bujía,
que con pedante altivez,
orgullosa se reía
burlando la pequeñez
de un fósforo que veía.

Hay que advertir que apagado
el fósforo se encontraba;
y la bujía brillaba,
con luz que le habia dado
aquel de quien se burlaba.

El fosforillo inocente,
oía con calma allí
un y otro insulto imprudente;
hasta que alzando la frente
dijo á la bujía así:

—Burlaros, si así gustais,
porque pequeño me veis;
pero advertid que olvidais
que esa luz con que brillais
á mí solo la debeis.

madas, el público acude y... sea enhorabuena. ¡Ah! se me olvidaba decirte que se ha cantado una zarzuelita nueva, letra y música de una señorita.

—Sí... ¿y qué tal?...

—¡Oh! qué pregunta *Siglo...* El público de Madrides muy galante... es muy caballero, y siempre ha sabido probar su nunca desmentida fama de generoso y hábil.

Abre la boca; al Príncipe, al teatro de Catalina, no voy desde cierta arbitrariedad de este catoncito, haciendo á la prensa el agravio de suponerla dichosa en asistir á su coliseo. Sin embargo, admirate, hay periódico que alaba á Catalina; ¡ay! primos, primos, ciertas debilidades no se perdonan.

Abre la boca.—El teatro de Novedades, despues de cierto cataclismo, ha mudado de empresa en vez de mudar de sitio y de butacas, y continúan la magia, los grandes espectáculos y las conversaciones en *caló*.

—Que poco alivio siento hoy con tus cuidados.

—Qué quieres, hijo, tampoco hay nada de particular de relatarte que no estés cansado de oirlo.

—Me siento muy mal.

—Vaya una cucharadita de calmante. Abre la boca.—En el teatro Real se ha cantado *Fausto*.

Nada á vuestros ojos valgo,
pues mi luz está apagada;
mas sin esa luz prestada,
yo pudiera valer algo,
vos sin mí no valeis nada.

Bujías son los señores
que la luz del pueblo enciende:
les dá el pobre resplandores
y al lucir, de sus favores,
el recuerdo no se atiende.

Y es que ingrato y altanero
en alto puesto al lucir,
olvida el orgullo fiero
que no se puede subir
sin el escalon primero.

ARREIS EL ABERANO.

Á FILOMENA.

Son, Filomena mía,
las ilusiones,
bálsamo que extasia
los corazones.
Dulce beleño,
rica fuente de encantos
mágico sueño.

Flores que dichas mecen
cual bella palma,
y marchitas fenecen
si sufre el alma.
Flores de Mayo
que á la desgracia inclinan
su tierno tallo.

Dan en caliz nevado
como el armiño
perfume regalado
que es el *cariño*.
porque es sabido
que á flores de ilusiones
dá olor Cupido.

Las guarda el pecho mío
de cien olores,
y en mis cantos te envío
perfume y flores.
No las esquives,
ni de sueños y encantos
cruel me prives.

Se tú la dulce brisa
que las halague,
y con dulce sonrisa
las embriague.
No viento fiero,
que si mueren mis flores
tambien yo muero.

ARREIS EL ABERANO.

—¿Sí?...

—Y como no te puedes imaginar, á menos de creer en la metempsicosis de Mr. Bagier.—Aquel Mr. Bagier... El Mr. Bagier de marras ya no es Mr. Bagier. Se ha convertido en oro, y el público, de acuerdo con los artistas del régio coliseo, están despilfarrando el capital.

—Que bien me siento...

—No puedes formarte idea del lujo y propiedad con que se ha puesto en escena la ópera de Gounod. Figúrate, un vestuario nuevo, unas decoraciones magníficas, unos coros perfectamente ensayados, y á un doctor alemán, como Mario, viejo y rejuvenecido. Figúrate, el director de LA GACETILLA, caracterizado por un artista como Selva, que siempre sabe lo que hace, y en ocasiones ocupa un distinguido lugar en la desierta escala de los buenos cantantes, acuérdate de la Spezia que vale y hace lo que puede, y puede algo y acompaña á estos con el inalterable Aldhigieri y La Grosi, simpática criatura y cantante recomendable, con lo cual puedes darte por muy satisfecho. De la ópera ya te he dado mi opinion, y es harto conocida para que vuelva á repetirlo. Gounod no ha hecho mas que él que busca con mas empeño el agua cristalina de un torrente, y la guarda inadvertido en un caprichoso cántaro acabado de la-

CRÓNICA DE PARIS.

Como no somos un cualquiera, sia que por esto se crea aludido el ilustrado crítico de *La Democracia*, que seguramente no lo es; como tenemos un poderoso agente en la satánica cuanto *comme il faut* personalidad de nuestro director Mefistófeles, natural y justo es que pretendamos introducirnos allí donde el bello sexo, á quien queremos dedicar la mayor parte de nuestros trabajos, luzca su hermosura, sus encantos y su elegancia.

La carta de naturaleza para penetrar en los salones deben ser nuestras revistas, en las cuales hallarán nuestras lectoras cuantas noticias puedan desear. Sabemos que nuestro director, aparte de sus naturales distintivos, ha logrado hacerse simpático á los ojos de las bellas, y en su obsequio, se halla dispuesto á indagar todo lo que ocurra de notable y digno de mencionarse en las cinco partes del mundo. Así, pues, y comenzando por París, centro del mundo ilustrado, oigan nuestras lectoras lo que nuestros solícitos y mágicos corresponsales nos dicen:

La época de los bailes se aproxima.

Ya podemos decir que estamos en ella.

Los salones de las Tullerías se preparan, y la hermosa española que hoy los habita dará la señal de las fiestas: la que tuvo lugar el 1.º de año estuvo brillante. Eugenia de Montijo lucia un vestido de tarlatana blanco, con una túnica de satén cereza, guarnecida de azabache y encajes negros; el collar lo formaba un terciopelo negro serpenteado de diamantes.

Nada más encantador que el elegante trage de la emperatriz.

Los Sres. de Algarra, que ejercen en París la hospitalidad á la castellana, preparan elegantes *soirées*.

Todo París se ocupa hoy del enlace de Alejandro Dumas (hijo) con Mad. de Narskine, perteneciente á la aristocracia moscovita, y emparentada con la familia imperial. Se dice que la esposa del jóven novelista es la heroína de su aristocrático libro *La dama de las perlas*.

Las modas hoy en París están reconcentradas en los salones. Se habla de grandes bailes en la embajada de Persia, y se anuncian fiestas fantásticas en los elegantes hoteles de Faubourg de Saint-Germain.

Para que las elegantes lectoras de LA GACETILLA tengan noticias exactas de las últimas modas, reproducimos á continuación los siguientes modelos:

Vestido de tul blanco, bullonado; una cinta color de cereza vá pasada en el bullon de abajo; volantitos pequeños forman delantal; una gran toquilla, guarnecida de encaje de Inglaterra, con un bu-

brar. El agua se enturbia. El cántaro está bien hecho. Pero... mi visita se prolonga; has por descansar un poco.

—No te vayas.

—Es preciso: me llaman en otra parte.

—Vuelve pronto.

—Bueno, adios.

XXIV.

REVISTA DE SEMANA Y MEDIA.—La semana anterior, como la presente, empezó el lunes. Supongo que no se atreverán ustedes á ponerlo en duda. Sin embargo, no es una vulgaridad: para los trabajadores que cobran el sábado, la semana empieza siempre en domingo, y suele acabarse el miércoles; para los empleados empieza el último días del mes, aunque sea viernes. Así que se acaba el dinero se acaba la semana, porque no se comprende una semana que no tenga días, y los días sin dinero son siempre noches. Ahora bien, nuestro bolsillo estaba repleto el lunes.

Desde entonces acá han ocurrido varias cosas. Pero la mayor parte de ellas no las sé, y por consiguiente, no puedo contarlas.

Os diré, á pesar de eso, que en estos días han empezado á hacerse preparativos para el Carnaval; que sé de una

llon, por donde vá pasada tambien una cinta color cereza, forma por detrás cola de pavo real.

Vestido de satén verde claro, abierto por delante, dejando ver una falda de raso blanco guarnecido con encaje de Inglaterra y canutillo blanco, cuerpo abierto, fleco de punto y fleco de canutillo.

Vestido de tul blanco, formando copos de nieve, que parece que el aire los lleva, de trecho en trecho pajaritos de los trópicos, con ojos de pedrería: este vestido vá sobre otro de tafetan blanco.

... Y por hoy basta; otro día seremos mas estensos.

A estas noticias debemos añadir las siguientes que leemos en los periódicos de hoy.

En el último baile de las Tullerías, no se presentó nuestra bellissima compatriota por hallarse ligeramente indispueta. El Emperador estuvo un momento en el salon de la Paz, retirándose despues á sus habitaciones particulares.

Tambien sabemos que el opulento banquero M. Isaac Pereire, prepara magníficos *soirées* en su aristocrático palacio.

¡POR UN POLLO!

PERCANCES CARNAVALEZCOS.

CUADRO PRIMERO.

Antes del baile.

Ya estamos en Carnaval.

Ya la alegría de la juventud toca á nuestras puertas; la desvergonzada careta nos insulta, nos hace abandonar nuestro lecho y nos arranca involuntariamente á ese foco de placer ficticio que llamamos *baile de máscaras*.

Allí vemos, en fin... ¡muchas cosas!

Son las primeras horas de la noche.

La escena pasa en el tocador de una elegante dama.

Los actores que figuran en ella son: Carmen, la doncella de confianza de la señorita, y esta, á quien llamaremos Clotilde, que es nombre de novela.

Clotilde tendrá unos veinte años, aunque no hemos visto su partida de bautismo; es de rigor que sea bonita, que sus ojos se parezcan al azul del cielo, que sus dientes sean mas blancos que el marfil; el talle esbelto, la sonrisa en sus labios ha de ser indispensable, y la morvidez de sus carnes tampoco se ha de olvidar: en este supuesto, renuncio á hacer su retrato, que con más exactitud y brevedad podrá presentarte una máquina fotográfica.

comparsa aristocrática que nos prepara este año una novedad de mucho gusto; que en el Real se han puesto medianamente *Lucia* y *Rigoletto* y se ensaya *Semiramis*; que en el Principe mostraron al público los tan esperados *Espada* y *Laud*, y han resultado dos instrumentos inservibles; que en Variedades sigue poniéndose *El corazon en la mano*, y saliendo la gente con la mano en el corazon; que el teatro de Novedades se ha trasladado á la Plazuela del Rey; que el Sr. Campos dió un delicado banquete en su palacio de Recoletos, y los señores marqueses de Regalia un riquísimo chocolate, halegando de este modo ambos señores las ilusiones del siglo; que los bailes de máscaras van estando muy brillantes; que los de los Eliseos anuncian ser suntuosos. Y con esto basta, mis queridas lectoras.

El baile que debia haberse dado anoche en el Teatro de Rossini, se ha suspendido y tendrá lugar el próximo domingo.

Creo inútil decir que Clotilde quería ir al baile; que su mamá se oponía, fundándose en la mala noche, y sobre todo, en la ausencia de su prometido.

Porque han de saber nuestros lectores que Clotilde estaba para casarse.

Mas sin embargo ella quería bailar.

¡Y quién no baila teniendo veinte años! Carmen, la doncella de la señorita Clotilde, también estaba en la oposición.

Oigamos lo que dice.

—Por Dios, señorita, no haga V. tal cosa.

—Es indispensable, Carmen, es indispensable que vaya esta noche a la Zarzuela es el baile de los pollos y Carlos me espera.

—Pero, señorita, ¿no va V. a casarse antes de un mes con el Sr. D. Facundo?

—Sí; pero D. Facundo aun no es mi marido, y además está ausente y nada sabrá.

—¡Ay! señorita entre el cielo y la tierra no hay nada oculto, y el demonio puede hacer que D. Facundo sepa que usted ha ido a la Zarzuela, que ha estado en el baile, y haya la de vámonos...

—Vaya, Carmen, que estás insufrible —replicó Clotilde de mal humor— jamás te he visto tan predicadora como esta noche, jamás te has opuesto a mis deseos como ahora.

—Pero, señorita, es mi opinión...

—Nadie te la pide.

—Mas...

—Calla, déjate de sermones —interrompió Clotilde— anda tráeme el dominó rosa que me ha enviado Eugenia, y mira si se ha dormido la mamá para marcharnos nosotras solitas...

—Pero...

—Anda, y obedece.

Carmen salió del gabinete a cumplimentar las órdenes de Clotilde; esta empezó a tararear un aire de la Traviata, y se acercó al espejo a concluir su tocado.

—Será por última vez —murmuró Clotilde. Mucho le amo, y me voy a casar...

Clotilde permaneció silenciosa, su semblante no era tan alegre como otras veces, su mirada era melancólica y sin embargo en sus labios jugueteaba una sonrisa, y se disponía ir a un baile contra la voluntad de su mamá y mas que todo contra la de su futuro D. Facundo.

Carmen tardaba.

Clotilde se impacienta, y abandona el gabinete en busca de su doncella.

La mamá no se había acostado: sospechaba de su hija... y velaba. Carmen la informó de los deseos de su señorita, esta insistió en ir al baile... y venció.

Dos horas despues entraba en los salones de la Zarzuela un dominó rosa, acompañada de una respetable comendadora.

El dominó era Clotilde.

La comendadora... era su madre.

CUADRO SEGUNDO.

En el baile.

La animacion es grandísima. Numerosas máscaras circulan por los estensos salones de Jovellanos.

Bien pronto el dominó rosa se confundió entre los demás.

La mamá comendadora ocupó un asiento al lado de otra concoleja, dispuesta a correr un gran bromazo; y la niña en tanto, olvidando a D. Facundo, olvidando a la mamá, bailaba alegremente con un elegante pollo.

Ese pollo era Carlitos.

¡Ay! dichosos los pollos...

Oigamos lo que dice esa afortunada pareja, que tanto goza con los placeres de Tersicore.

—Sí, Carlos, —dice Clotilde a su acompañante; —la mamá quiere que me case con D. Facundo, pero yo nunca podré olvidar tu amor.

—¡Ingrata! ¿y por qué no desprecias a ese viejo?

—¡Ay! Carlos, tú no miras el porvenir: ese viejo, como tú le llamas, tiene seis mil duros de renta! y yo... no tengo mas que una pension que debe pagarme el gobierno.

—Mas serás desgraciada.

—No lo ereas... nadie con seis mil duros es desgraciado.

—¡Y olvidas mi amor!... ese sentimiento del alma, esa pasión...

La orquesta, que tocaba unos lances, interrumpió la elocuencia platónica de Carlitos.

Desde el principio de la noche un dominó negro observaba a la afortunada pareja.

Clotilde, embebida en sus recuerdos, no había reparado en el negro dominó.

El baile concluyó bien tarde.

Clotilde y su mamá abandonaron el Teatro, en tanto que Carlos, con aire de calavera, se dirigía al ambigü a ahogar en sendos vasos de ponche las oportunas calabazas que le diera la prometida de D. Facundo.

—¡Carlos, Carlos! —gritaron sus amigos al verlo entrar en los salones de la fonda. —¿Dónde has pasado la noche?

—En una aventura deliciosa, —replicó Carlos, dándose importancia. —Figuráos,

queridos, que una antigua conquista me ha dicho esta noche que vá a ser la esposa de un viejo millonario; mas antes brindemos por el futuro de mi niña.

—¿De tu niña?

—Sí, de mi niña; su enlace hará mi felicidad.

—¿Y quién es ella?

—¿Quién ha de ser? Clotilde, la hija de doña Mónica.

—Clotilde, la novia de D. Facundo, ¡já, já! ¡pobre D. Facundo! —añadieron los amigos de Carlitos.

En este momento el dominó negro que había observado a Clotilde, abandonó el ambigü avergonzado acaso de la crápula escandalosa de aquellos aspirantes a calaveras.

Un pollo comprometía la honra de una mujer.

CUADRO TERCERO.

Despues del baile.

Al dia siguiente recibió Clotilde por el correo interior una carta que decía así:

«Señorita: todo lo sé; anoche en el baile pude convencerme de su amor; yo ambicionaba una mujer que si no me amara, al menos respetara mis canas, y fuera una buena amiga: todo ha concluido entre nosotros, ame V. a Carlos, que si bien no os dará la felicidad, en cambio tiene una cabeza vacía.»

Clotilde no pudo concluir la inesperada epistola de D. Facundo, le dió el accidente de oficio y empezó a reflexionar sobre las consecuencias de un baile de máscaras.

El dominó negro, que tanto la observaba, era D. Facundo.

Carlitos un charlatan.

¿Y Clotilde?... la víctima de un pollo.

CHARADA.

Primera y segunda es un animal gallardo y ligero hermosa cual mas. En segunda y prima quisieras guardar los ricos tesoros del gran Tamberlan. Segunda con terciá y cuarta además es pobre alimento modesto y frugal. Y el todo es un pueblo

muy lindo en verdad con verdes naranjos, con verde arrayan, que ostenta en su seno morada feudal.

OTRA.

Prima y segunda encontráis en el oro y en la plata; aprendisteis la tercera antes de saber gramática; y con el todo se engrién por su valor y su fama el emperador austriaco, el de Rusia y el de Francia; y con él he visto yo á mas de una hermosa dama engalanar sus hechizos y hacer mayores sus gracias.

ADVERTENCIA.

Por un accidente imprevisto, no ha podido ir á Provincias ni repartirse á nuestros suscritores la primera edicion de nuestro número.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid. . . 6 rs. trimestre.
Provincias. 8 rs. Id.

PUNTOS DE SUSCRICION.

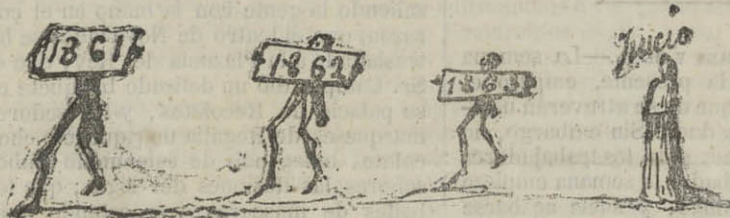
En Madrid, administracion, calle del Lobo, 17, principal; librería de Duran, Carrera de San Gerónimo; Medina hermanos, Preciados 17, y principales librerías. VENTA AL PORMENOR: Kioscos de la Puerta del Sol y Red de San Luis.

En Provincias, principales librerías, y todos los Representantes del Banco de Propietarios estan autorizados para recibir el importe de las suscripciones, evitando de este modo á nuestros favorecedores la molestia de librar á la administracion.

No se servirá ninguna suscripcion que no esté satisfecha.

No nos ha sido posible dar en el número de hoy una marcha infernal que tenemos preparada para nuestras amabilísimas suscriptoras, original de un distinguido compositor. En su lugar insertamos los siguientes

GEROGLÍFICOS.



que NO
LO IX IX
IX IX



EDITOR RESPONSABLE, D. Antonio Fernandez Alonso.

MADRID: 1865.—Imprenta á cargo de J. Peña.—Rubio, 35.